

Presentación

Norbert Elias: ensayo teórico
acerca de las relaciones entre
establecidos y forasteros

Jesús Casquete
Universidad del País Vasco

A pesar de ser el autor de un monumental estudio sobre la civilización occidental a una edad relativamente temprana, la figura de Norbert Elias (1897-1990) era prácticamente desconocida en los círculos académicos occidentales cuando, en 1965, dio a conocer el resultado de un estudio sobre relaciones comunitarias bajo el título de *Establecidos y forasteros*. En efecto, su monografía titulada *El proceso de civilización*¹, publicada por vez primera en alemán en 1939, había pasado prácticamente desapercibida en su momento, sin que fuesen demasiados los que reparasen en su original acercamiento al estudio de los procesos sociales. En dicho estudio abordaba Elias la emergencia y evolución de la moderna civilización occidental desde la Edad Media, insistiendo en todo momento en lo fructífero de una estrecha colaboración entre sociología, historia y psicología que —más tarde se fue abriendo paso esta convicción— a la fuerza había de ser simbiótica. Uno de los méritos más notables de Elias en esta obra (una de las más influyentes de, y en, la sociología del siglo pasado)² estriba en haber emprendido decididamente la ruta de la interdisciplinaridad en una época en la que las diferentes ciencias humanas y sociales avanzaban irremediablemente por la senda de la fragmentación y la delimitación artificiosa de fronteras como modo de alcanzar el estatus de «verdadera» ciencia.

A decir verdad, y contemplado retrospectivamente, lo sorprendente hubiese sido que su obra hubiese disfrutado de un impacto reseñable en aquellas circunstancias. La relativa indiferencia con que se recibió su obra era la suerte a que estaba destinado un judío alemán —lo cual se traducía en la prohibición automática de sus obras en Alemania y Austria; de ahí que los dos volúmenes que integran su obra magna apareciesen en una editorial suiza— que huyó del nazismo inmediatamente después de la toma del poder por Hitler en 1933 y que pujaba por abrirse camino en el mundo académico, a las mismas puertas de la Segunda Guerra Mundial, con una obra atípica tanto por su temática como por su enfoque.

No mejoró excesivamente la suerte de Elias en términos de reconocimiento durante las siguientes décadas, tal vez debido a su escaso bagaje de publicaciones a partir de la aparición de *El proceso de civilización*. En el curso del cuarto de siglo transcurrido desde la publicación de esta obra hasta la de *Establecidos y forasteros*, sus publicaciones en inglés (se había instalado en Londres en 1935, después de haber residido en París sin conseguir abrirse camino en el mundo universitario, él mismo un forastero) se limitaban a dos artículos aparecidos en la *British Journal of Sociology*. Tampoco en alemán había realizado ninguna contribución sustancial durante ese período.

¹ *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, FCE, México, 1987.

² Ver Emilio Lamo de Espinosa, «La sociología del siglo xx», *REIS*, 96, octubre-diciembre 2001, pp. 21-49.

Sin embargo, será a partir de su jubilación formal en 1962 como profesor de sociología en la Universidad de Leicester (en la que había conseguido su primera plaza fija en 1954, a la edad de 57 años) y, sobre todo, a su regreso de un paréntesis de dos años en Ghana, donde había aceptado una plaza docente de sociología, cuando Elias emprenda una frenética carrera por publicar y recupere con holgura el tiempo dedicado a otros menesteres y, de paso, el reconocimiento diferido durante tantos años. Es como si de repente hubiese sentido la urgencia por plasmar por escrito un original acercamiento al estudio de los procesos sociales madurado y transmitido en su práctica docente en el curso de varias décadas. Esta constelación de factores (exilio, ir a contracorriente practicando un enfoque interdisciplinar al estudio de los procesos sociales y escasa productividad científica) explica en gran medida que hasta la década de 1980, una vez *El proceso de civilización* es reeditado y vertido a otros idiomas, la figura de Elias no brillase con luz propia en el panorama sociológico internacional.

Tal y como avanzábamos, *Establecidos y forasteros: Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios* constituye la primera obra en inglés de Elias y su segunda obra monográfica publicada. Se trata de un estudio que tiene su origen en una investigación llevada a cabo en el área metropolitana de Leicester entre 1958 y 1960 en colaboración con John L. Scotson, un maestro local y alumno de postgrado de Elias interesado en el estudio de la delincuencia juvenil que, gracias a su actividad laboral en la comunidad objeto de estudio, fue capaz de ganarse la confianza de la población local y conseguido de este modo su colaboración en el estudio. Resulta incontestable que ambos analistas procedieron a una división del trabajo. En tanto que Elias aportó al equipo su capacidad de sistematización y conceptualización hasta elevar lo que, aparentemente, era un estudio de caso de relaciones comunitarias a un modelo paradigmático de las relaciones entre grupos sociales, Scotson se encargó del trabajo de campo propiamente dicho. La edición original de 1965 venía acompañada de un breve prefacio en el que apenas si se esbozaban las implicaciones del modelo de relaciones, o «figuraciones» en la terminología de Elias, entre establecidos y forasteros. Sólo más tarde el estudio de caso recibirá un tratamiento sistemático en forma de teoría destinada a ir más allá de su ámbito inmediato de aplicación, una pequeña localidad suburbana inglesa, para abarcar todas aquellas situaciones en las que un diferencial de poder modela las interacciones entre distintos grupos sociales. Será con ocasión de la publicación en 1976 de la edición holandesa del libro cuando Elias redacte un ensayo introductorio, ahora ya bajo su única autoría, en el que sistematice las conclusiones del estudio, apunte el potencial analítico para abordar otras situaciones de asimetría de poder entre grupos sociales, además de las comunitarias, y entable un fecundo e iluminador diálogo con autores como Marx (de quien asume su énfasis en los diferenciales de poder entre grupos sociales, pero con quien discrepa por reducirlos a la distribución desigual de los medios de producción) o Freud (que subraya la importancia de la autoestima para forjar la

identidad individual, pero que sin embargo concibe al ser humano como un *homo clausus*, esto es, como una entidad autocontenida y aislada que desarrolla su personalidad en gran medida al margen de la interacción social). Este mismo ensayo aparecerá en la edición alemana de la obra en 1993, un año más tarde en inglés (idioma en el que fue originalmente escrito) y, ahora, en español³.

El estudio sobre los establecidos y los forasteros en Winston Parva (nombre ficticio del pueblo objeto de estudio) se enmarca dentro del género de estudios sobre relaciones comunitarias. Llama la atención de los autores en primera instancia la estrecha correlación entre zona residencial y estatus grupal. En efecto, los aproximadamente 5.000 habitantes de dicho enclave inglés residían en tres áreas residenciales claramente delimitadas. Por un lado, la Zona 1 era una comunidad residencial de clase media, con unas fronteras grupales y físicas fácilmente reconocibles. Más interesantes y desconcertantes en términos sociológicos resultaban las Zonas 2 (denominada el «Pueblo») y 3 (la «Urbanización»). A diferencia de la Zona 1, el Pueblo y la Urbanización estaban poblados principalmente por habitantes de clase obrera y presentaban indicadores socioeconómicos muy similares en términos de ocupación, educación y tipo de vivienda. Además de una similitud incontestable en términos socioestructurales, los residentes en dichas zonas profesaban la misma religión y pertenecían al mismo grupo étnico. Se trataba, pues, de colectivos prácticamente indistinguibles desde un punto de vista socioeconómico y cultural. Sin embargo, había diferencias reseñables en términos de estatus y de barreras sociales entre estas Zonas 1 y 2, no por inaprensibles mediante los indicadores sociológicos convencionales, menos efectivos en sus consecuencias. En efecto, en tanto que los habitantes del Pueblo se consideraban a sí mismos y eran considerados por los residentes en la Urbanización como imbuidos de un estatus más elevado, como «mejores» en definitiva, los habitantes de la Urbanización se contemplaban y eran contemplados como «inferiores.» El desafío teórico al que hace frente Elias estriba precisamente en proporcionar una respuesta convincente a esta cuestión. Dicha respuesta pasaba necesariamente, según Elias, por indagar en los recursos de poder a disposición de cada comunidad, el Pueblo, por un lado, y la Urbanización, por otro lado. El origen de dichos recursos (advierde Elias de inmediato) había que buscarlo en la antigüedad de los asentamientos respectivos. Mientras que el Pueblo fue construido en las dos últimas décadas del siglo XIX, y muchos de los allí residentes en el momento de la in-

³ La edición original del estudio llevado a cabo por Norbert Elias y John L. Scotson está fechada en 1965 (*The Established and the Outsiders. A Sociological Enquiry into Community Problems*, Londres: Frank Cass & Co. Ltd.). Ya como autor único, Elias redactó en inglés una introducción para la edición holandesa de la obra (*De gevestigden en de buitenstaanders. Een studie van de spanningen en machtsverhoudingen tussen twee arbeidersbuurten -s'Gravenhage: Uitgeverij E.R. Ruward B.V., 1976*). Dicha introducción apareció en alemán en 1993 (*Etablierte und Aussenseiter*, Frankfurt del Meno: Suhrkamp) y, un año más tarde, fue reeditado en inglés por la editorial Sage. La edición alemana consta de un anexo («Weitere Facetten der Etablierten-Aussenseiter-Beziehung. Das Maycomb Modell») redactado por Elias en 1990, poco antes de su fallecimiento, que no está incluido en la edición inglesa. La presente traducción está realizada a partir de la edición original en inglés.

vestigación eran capaces de trazar sus orígenes hasta los primeros residentes, la Urbanización emergió en la década de 1930, aunque la mayoría de sus residentes emigró desde Londres durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. Se trataba, en este último caso, de pobladores relativamente recientes en el momento de efectuar la investigación. Estos datos acerca del pasado de ambas comunidades tenían consecuencias trascendentales para su presente: la antigüedad dotaba a los habitantes del Pueblo de los recursos de poder, sobre todo cohesión e identidad grupal y un agudo sentido de superioridad ligado a una mayor autoestima, recursos de los que estaban privados casi por completo los habitantes de la Urbanización.

¿Cuáles eran los mecanismos sociales que generaban dichos recursos de poder? Con el paso del tiempo, en el Pueblo se había consolidado una red de «viejas familias» que se conocían y estaban entrelazadas mediante una tupida red de capital social desde hacía varias generaciones. Las redes que formaban dichas familias posibilitaban a sus miembros ocupar posiciones estratégicas en las asociaciones locales de carácter recreativo, económico y político, así como en el control de los canales informales de comunicación. A través de dichos canales fluía de manera incesante un intercambio de habladurías que cumplía las funciones de información y entretenimiento, pero también de aprobación (es lo que Elias denomina «cotilleo elogioso») y de sanción social (el «cotilleo condenatorio»), entendido este último como mecanismo de control de aquellos miembros establecidos que se desviaban de la norma y, por ejemplo, confraternizaban, vale decir se «contaminaban», con los habitantes de la Urbanización más allá de lo estrictamente imprescindible exigido por los roles ocupacionales respectivos. En estas circunstancias, cualquier incidente a partir de un «comportamiento indisciplinado» acaecido en la Urbanización era utilizado para reforzar la impresión de que, a diferencia de los habitantes del Pueblo, decentes, respetables y bien educados (en suma, civilizados), los habitantes de la Urbanización eran incapaces de poner orden en sus propias vidas. Al carecer del grado de integración social necesario para formar sus propias redes de sociabilidad y de cotilleo, a los miembros de la Urbanización se les hacía prácticamente imposible contrarrestar y sustraerse así a la diabólica «sociodinámica de estigmatización» desencadenada por los establecidos, que los condenaba irremisiblemente a una condición de inferioridad. Como consecuencia de la activación de dicha sociodinámica, los establecidos se mostraban capaces de impedir la entrada a su grupo y el acceso a los recursos necesarios para desafiar el monopolio de estigmatización. Un rasgo adicional de esta interacción asimétrica entre establecidos y forasteros sobre el que llama la atención Elias y que merece la pena destacar es que el carisma y prestigio grupal de los establecidos se construía a partir de sus «mejores» miembros, en tanto que la imagen grupal de los advenedizos descansaba en las «peores» cualidades de su subgrupo más anómico. De este modo, el Pueblo construía su identidad grupal alrededor de una minoría de clase media en un asentamiento mayoritariamente de

clase obrera, en tanto que una minoría de individuos y familias «menos respetables» de la Urbanización era maliciosamente presentada como representativa de toda la comunidad. Lo paradójico del caso es que los juicios estigmatizadores eran interiorizados e incorporados a su estructura de personalidad por los recién llegados con un aire de fatalismo y resignación. Éstos simplemente interiorizaban su «inferioridad» con respecto a los habitantes de la Zona 2 y, por supuesto, también de los habitantes de la Zona 1.

El significado más general del estudio llevado a cabo en una pequeña comunidad es puesto de manifiesto por Elias en su ensayo introductorio. Nuestro autor contemplaba las relaciones de poder desveladas en Winston Parva como un caso particular de un «paradigma empírico» de figuraciones entre establecidos y forasteros que puede ser identificado en múltiples contextos y a escala más amplia con relativa independencia de las diferencias culturales. Allí donde un grupo social dispone de los mecanismos necesarios para atribuir con éxito rasgos negativos a otro grupo de intrusos (pobres, negros, judíos, inmigrantes, homosexuales, etc.) se están sentando las bases para «establecer» a los primeros y manciillar a los segundos. El potencial de aplicación de esta idea trasciende, pues, el limitado campo de aplicabilidad de una comunidad urbana para extenderse al estudio de las relaciones raciales, religiosas, de comunidades inmigrantes en su relación con la sociedad de acogida, entre hombres y mujeres, homosexuales y heterosexuales, colonizadores y colonizados, Primer y Tercer Mundo, etc. En efecto, si bien el cuerpo del estudio se fija exclusivamente en la figuración específica constituida por dos grupos residenciales diferenciados única y exclusivamente por la antigüedad en su asentamiento en la comunidad, en la introducción Elias se esfuerza por generalizar el aparentemente estrecho recorrido del término «forastero» hasta asimilarlo a todo grupo humano socialmente estigmatizado y, en consecuencia, víctima de un diferencial de poder. A partir de estas consideraciones, no cabe duda de la vigencia y frescura de la interpretación de Elias acerca de la asimetría de poder grupal en el marco de las sociedades contemporáneas, sociedades que ven acentuarse sus rasgos de multiculturalidad y pluralidad de valores de manera irreversible y que reclaman cada vez con mayor ímpetu la atención urgente de los analistas sociales. Es a dichos analistas a quienes corresponde indagar en los mecanismos de funcionamiento de las figuraciones entre establecidos y forasteros con el objetivo práctico de diseñar e implementar medidas prácticas que rectifiquen sus efectos perversos.